

La relación entre la familia y la institución escolar

**Juan Carlos Aguilera Pérez
Doctor en Filosofía y Letras, Universidad Navarra.**

Nada más ilustrativo que asistir a una reunión de fin de período escolar en la que se esté evaluando el desempeño de los alumnos, para constatar con qué frecuencia se busca explicar los problemas escolares de los niños a través de situaciones que se presentan en la familia. El hecho de que ambos padres trabajen o vivan separados, el maltrato, la negligencia o el abandono, los problemas económicos, la desorganización y la falta de colaboración con el colegio están entre los motivos que se exponen para justificar las malas notas, los problemas de disciplina u otras dificultades de los niños.

Es claro que la familia juega un papel esencial en el desarrollo de los niños y que en gran medida influye sobre su capacidad de adaptación y aprendizaje. No obstante, hoy más que nunca se encuentra sometida a multitud de presiones y cambios que obstaculizan el cumplimiento de las expectativas que socialmente se tienen de ella.

Los cambios en la cultura, la tecnología y la organización de la economía a nivel mundial han determinado que en muchas familias ambos padres trabajen y tengan por ello menos tiempo real para dedicar a la educación de sus hijos.

Las relaciones de pareja son hoy menos estables que antes, de tal manera que hay un número creciente de hogares que se encuentran a cargo de uno solo de los padres o en los que los niños reciben la influencia educativa de una tercera persona que no es su padre o madre natural.

Además, el mundo está cambiando tan rápidamente que la distancia cultural entre una generación y la siguiente es más grande que nunca. Los conflictos usuales entre padres e hijos se han acrecentado: cada vez es más difícil que los unos entiendan a los otros, pues han crecido bajo circunstancias y presiones muy diferentes. En algunas facetas de la vida moderna los padres sufren de la misma inexperiencia que sus hijos. En otras son incluso menos expertos que ellos, de tal manera que es poco lo que pueden ayudar a orientarlos.

Los medios de comunicación masiva han irrumpido en la esfera privada de los hogares, tendiendo puentes para la comunicación entre padres e hijos, en la medida en que difunden información y convocan al grupo familiar alrededor de ciertas actividades comunes, como pueden ser ver una película o leer acerca de un determinado tema. Pero los mismos medios pueden, paradójicamente, convertirse en un obstáculo para la comunicación al absorber el tiempo y la atención que podrían dedicar a dialogar o a

compartir otras actividades en familia. Además, los medios suelen crear en los niños necesidades que contradicen lo que sus padres quieren inculcarles. Los mensajes que se difunden a través de la televisión, el cine, los videojuegos, el Internet, las vallas publicitarias y la prensa escrita con alguna frecuencia impulsan a los niños a actuar en contravía de lo que se pretende enseñarles en su casa o en el colegio.

Todo educador experimentado sabe que los niños *aprenden mucho más de lo que se les enseña* debido a esa inmensa curiosidad con que exploran constantemente el medio ambiente que los rodea. En el mundo actual, sobresaturado de estímulos, los padres se encuentran frente al desafío de acompañar y orientar ese aprender espontáneo de sus hijos, ayudándoles con su experiencia a distinguir lo conveniente de lo inconveniente, lo fundamental de lo accidental. Se trata básicamente de transmitirles una ética y unas herramientas que les permitan a largo plazo acceder a un estilo de vida que les brinde felicidad.

Pero, contando con que los mismos padres experimentan confusión ante la rápida sucesión de cambios que tienen que asimilar, ¿cómo pueden ellos apoyar efectivamente a sus hijos? ¿De qué manera pueden familia y escuela colaborar mutuamente en la ardua tarea de educar?

La respuesta a estas preguntas parece estar en una palabra *clave: comunicación*. Comunicación eficaz con los hijos en casa y comunicación eficaz con los docentes en el medio escolar. Se trata en última instancia de dialogar eficazmente y compartir esfuerzos en la solución de los problemas cotidianos.

En lo que se refiere concretamente a la comunicación con los docentes hay varios obstáculos que es importante mencionar. Uno de ellos es la tendencia muy generalizada, tanto en padres de familia como en profesores, a atribuir la responsabilidad de los problemas escolares de los niños a *la otra parte*. En otras palabras, muchos padres achacan al colegio la responsabilidad por las experiencias escolares negativas de sus hijos. Lo mismo hace un buen número de profesores en sentido contrario: creen que si algo anda mal en el colegio es porque hay desórdenes en la familia. Cultivar esta actitud trae consigo el inconveniente de que cuando surge una dificultad se asume una posición defensiva, se fija la atención en las fallas del otro y se cierra el camino a la autocrítica.

Una manera de superar este obstáculo es aceptar que generalmente no existe *un único* responsable de los problemas escolares que afectan a un niño. El comportamiento humano casi nunca obedece a una sola causa. Lo usual es que diversas circunstancias se conjuguen para que un problema aparezca o se mantenga. Reconocer esta realidad por simple que parezca, contribuye a que cada uno de los participantes en el problema se pregunte a sí mismo de qué manera particular está ayudando a que las cosas ocurran como están ocurriendo.

Otro inconveniente para la comunicación entre padres y docentes surge de una limitación práctica. Los padres generalmente no pueden observar lo que ocurre dentro

del salón de clases, por eso cuando intentan formarse un criterio y tomar decisiones en relación con el comportamiento escolar de sus hijos no tienen otra alternativa que basarse en los relatos e informes del profesor y contrastar esto con lo que dice su hijo o hija al respecto. El problema es que las versiones no siempre coinciden...

Por su parte los profesores se encuentran ante una dificultad semejante: conocen el ambiente familiar del niño únicamente a través de los reportes que reciben y éstos frecuentemente son incompletos y carecen de la objetividad necesaria. Adicionalmente, tienen que hacer frente a los problemas de otros 25 ó 30 alumnos más que comparten la clase, sin considerar los 70 u 80 de otros cursos, que también les causan preocupaciones. Todo esto impone límites a su capacidad para entender lo que determina el comportamiento de un alumno particular y apoyarlo pedagógicamente de la mejor manera.

Por esta razón padres de familia y profesores necesitan construir una relación de mutua confianza que les ayude a superar dichas limitaciones. Esto llega a ser posible cuando unos y otros están dispuestos a *escuchar* genuinamente el punto de vista ajeno y aceptan algún grado de responsabilidad en lo que tiene que ver con promover el desempeño escolar de los niños que están a su cargo.

Sin embargo, no puede esperarse que una situación molesta cambie abruptamente sólo como resultado de una conversación o un acuerdo establecido. Todo proceso de cambio exige más que buenas intenciones. Por eso, aún teniendo los más firmes y loables propósitos, hay que contar con que en el esfuerzo de dar solución a un problema existen muchos altibajos, ensayos fallidos e incluso retrocesos. La disposición a la autocrítica y la comunicación sincera contribuyen a que estos accidentes no socaven la relación de confianza.

Por otro lado, es importante que los padres de familia actúen cada vez más como impulsores de iniciativas encaminadas a mejorar la calidad de la educación en las instituciones escolares. La legislación en el campo de la educación ha generado un ambiente propicio para ello y es un hecho que las asociaciones de padres de familia han adquirido en los últimos años un poder considerable. Ellas están ahora presentes en muchos ámbitos de la vida escolar que antes les estaban vedados: en los consejos de administración de los colegios, en los proyectos educativos especiales, en los comités de evaluación pedagógica y en la organización de eventos y fiestas escolares, entre otros. Todo esto trae consigo una ventaja esencial: les permite conocer más de cerca lo que ocurre dentro de la institución escolar para así poder incidir directamente en decisiones que van a influir sobre el ambiente educativo en el que se forman sus hijos.

En última instancia, se trata de aprender a trabajar en equipo. Esto sólo es posible si existe una buena comunicación y se comparten en lo posible muchas actividades y objetivos.

Griffin Glenn. La educación se recibe en casa. Editorial Norma.